

Los diarios del cáncer de Audre Lorde: historias íntimas de violencia estructural normalizada

Alejandra Nallely Collado Campos*



©Dagmar Schultz. Del documental "Audre Lorde – The Berlin Years 1984 to 1992
(www.audrelorde-theberlinyears.com)

*“Porque soy una poeta negra que hace su trabajo, vengo aquí a preguntarte:
¿estás tú haciendo el tuyo?”¹*

* Licenciada en Comunicación Social y maestra en Estudios de la Mujer por la Universidad Autónoma Metropolitana-unidad Xochimilco. Investigadora en materia de comunicación y género. Promotora cultural y profesional en difusión y divulgación. Integrante fundadora de la estación UAM Radio, medio de comunicación universitario. Correo electrónico: ale.collado.campos@gmail.com

Audre Lorde se identificó a sí misma como una “guerrera, mujer, negra, madre, lesbiana, poeta”, con todas esas identidades fluyendo dentro de ella y sin reducirse a una sola. Nacida en Nueva York en 1934, esta escritora y activista continúa erigiéndose como una de las voces elementales del feminismo afroamericano. Tras 23 años de su muerte, su obra evidencia la importancia de narrar la propia experiencia para contar una parte de la historia de las mujeres, las negras, las madres, las lesbianas.

Debido a sus características raciales, por pertenecer a una clase social no privilegiada y por tener una preferencia sexual que “no le correspondía”, decidió utilizar la creación literaria y el activismo como herramientas de denuncia y crítica hacia la sociedad que la excluía, bajo la premisa de que todas esas vivencias no son únicas ni aisladas, sino múltiples y compartidas por muchas mujeres, todo el tiempo y en todos los lugares.

En este sentido, “Los diarios del cáncer”, libro publicado en 2008 por Hipólita Ediciones, es el resultado de las experiencias y reflexiones que la activista afroamericana habitó durante el proceso de diagnóstico del cáncer de mama, desde procedimientos médicos, como biopsias y otras pruebas, hasta la mastectomía.

La escritura formó parte fundamental en la práctica feminista de Lorde, por lo que sus anotaciones acerca de la mastectomía radical modificada y del cáncer de mama comienzan seis meses después de la intervención quirúrgica que le fue realizada. De esta forma, la autora seleccionó algunos escritos elaborados durante este periodo, los cuales “ejemplifica[n] el proceso de integración de esta crisis con [su] vida”,¹ y que permiten observar cómo se posiciona como una mujer después de una mastectomía, con las implicaciones que conlleva, como lo detalla en la introducción de este texto.

La feminista tenía la convicción de que la voz de cada experiencia particular tendría repercusiones tangibles para otras mujeres, funcionando como un aliciente para que, a su vez, ellas contaran su historia y pudieran llegar a más personas, sanar sus heridas a través de la ruptura de esos silencios opresores y también saberse acompañadas.

Las anotaciones diarias acerca de su experiencia con el cáncer de mama y con sus distintos procesos, también dan a conocer las injusticias, las diferencias, la falta de sensibilidad y la violencia estructural que muchas mujeres viven en las instituciones de salud, independientemente del procedimiento al que se enfrenten.

En este sentido, es necesario recordar que, en general, los procesos de atención médica y hospitalaria atraviesan el cuerpo de las mujeres de maneras singulares, como una suerte de repositorio en el que están contenidos los estigmas de su identidad, cuerpos que por tradición han de parir, ser necesariamente bellos y femeninos, para ser “normales” y aceptados. Por lo anterior, no es difícil imaginar que al remover alguno de los pechos de las mujeres existan implicaciones y consecuencias en su autopercepción.

Esto se hace evidente desde la primera nota del diario, fechada el 26 de enero de 1979, en la que la expresión del dolor y la desesperación remiten a los significados de vivir el cáncer de mama y de lo que hasta ese momento ha encarnado para la autora la vida post-mastectomía. Así, a lo largo de esta obra Audre habla en su totalidad desde el cuerpo: expone todas sus sensaciones, crisis, faltas, vacíos y los efectos físicos que la ansiedad, el miedo y la depresión le producen.



La lectura de este texto evoca la habitación de Lorde, los otoños transcurridos en un aislamiento sensible y esa especie de limbo emocional que la situaba entre la vida y la muerte, en un cuerpo que se encontraba vivo, pero que se sentía muerto y fragmentado por las ausencias palpables, porque en algún punto toda la situación hace sentir a Audre que sin un pecho jamás volvería a ser una mujer. ¿Una mujer? Una persona. Viva. Completa.

De esta forma, el primer capítulo está centrado en la escritura como liberación y como herramienta de acción. Por lo tanto, si no hubiera escrito este diario, de qué manera habrían podido leerlo otras mujeres con cáncer e identificarse con ella, o cómo las personas allegadas habrían podido comprender esa experiencia corporal de su compañera, amiga, hermana o madre. En este sentido, qué es un “diario personal”, sino un documento histórico que da cuenta de un contexto, un momento particular, del estado de una sociedad y sus instituciones; es decir, es una bitácora de la vida pública y privada de una persona escrita por ella misma.

Al respecto, Lorde enuncia: “tu silencio no te protegerá”, pues este puede ser la diferencia entre la víctima en la sombra y la guerrera que abandona la penumbra, que da a conocer sus circunstancias y contribuye a la transformación de las mismas:

¿Cuáles son las palabras que todavía no tienes? ¿Qué necesitas decir? ¿Cuáles son las tiranías que te tragas día a día e intentas hacer tuyas, hasta que te enfermes y mueras de ellas, todavía en silencio? Quizás para algunas de ustedes [...] soy la cara de alguno de sus miedos. Porque soy una mujer, porque soy negra, porque soy lesbiana, porque soy yo misma...¹

¿Cuántas mujeres conocemos que experimentan la sensación del cuerpo roto por la mastectomía y que hablen de su experiencia? Narrarse sin seno. Sin la mitad de su “ser mujer”. La sensación de soledad y retraimiento, además de los dolores físicos, termina por ahondar la sórdida experiencia corporal de este procedimiento y del miedo permanente a las consecuencias sombrías de vivir con cáncer de mama.

A este terreno se dirige Lorde en el segundo capítulo, en el que se remonta a marzo de 1978, cuando aún no era diagnosticada con cáncer de mama. En octubre de ese mismo año, la autora evoca el momento en el que, después de la intervención quirúrgica, despierta con un sobresalto de pérdida y carencia.

¿Qué fue lo que perdió Audre en la sala quirúrgica? ¿Quién era esa mujer sin seno que ahora escribía en su diario acerca del dolor y de un quebranto físico y emocional? ¿Quién era esa “no-más-mujer” que se veía en el espejo con un solo bulto en el pecho?

La vivencia de la autora refiere a una experiencia habitual que enfrentan las mujeres en los procesos que anteceden y preceden una mastectomía: no reconocerse en su propio cuerpo, no parecer una mujer ni sentirse como una de ellas. A eso se añade el dolor físico permanente, devenido de las posturas en las que se encuentran por tiempos prolongados, el suministro de medicamentos y el desorden completo de todos sus sistemas (digestivo, nervioso, circulatorio).

En las notas del diario también se pueden vislumbrar distintos procesos por los que transitó Lorde: el vértigo inicial después de las malas noticias; el rechazo a sí misma y a su cuerpo; el miedo de estar más cerca de la muerte que de la vida; la falta de autocontrol y de poder sobre ella misma; incluso la carencia de placer, de calor y de sonrisas. Son las consecuencias de la separación de una parte del cuerpo que la había acompañado durante toda su vida y sin el que ninguna mujer se imagina o que ninguna persona concibe a su madre, a su compañera de vida, a su hermana o a su tía.

En este punto es importante detenerse un momento en la lección acerca del consejo común de “soltar”, el cual aborda la autora. De pronto, es muy fácil, pedir a las personas que dejen ir algo o alguna situación, pero ¿cómo decir eso a una mujer? De acuerdo con Lorde es un proceso necesario y para ella fue una lección encarnada que no tuvo más remedio que aprender.

Lo anterior se vincula con las condiciones hospitalarias que rodeaba a Audre y que influyeron en su estado de ánimo y en la forma en que percibió los procesos por los que transitó, como fueron los instantes posteriores a la biopsia que le fue realizada:

El gong en mi cerebro de “maligno”, “maligno”, y las gélidas sensaciones de esa habitación frígida, atravesaron los restos de anestesia como una manguera de bomberos apuntada a mi cerebro. Lo único que podía focalizar era salir de esa habitación y entrar en calor. Grité y aullé y me quejé del frío y pedí por favor más frazadas, pero no las hubo. Las enfermeras se sintieron muy molestas por el griterío y me mandaron rápido a mi habitación [...] Yo no podía creer que este hospital no podía apagar el aire acondicionado o darme más frazadas.¹

Asimismo, la autora relata las sensaciones que vivió antes, durante y después de la cirugía, así como la forma en que el ambiente del hospital y las actitudes del personal de salud influyeron en su bienestar/malestar:

Está el horror de esas luces relampagueantes que pasaban sobre mi cara, y el sonido metálico de ruidos destripados que no tienen contexto ni relación conmigo [...]. Está la velocidad con que había dejado de ser una persona que era yo misma y me había convertido en una cosa sobre una camilla que debía ser entregada a Moloch [...] Recuerdo que grité y maldije de dolor en la sala de recuperación y recuerdo a una enfermera enojada que me dio una inyección. Recuerdo una voz que me decía que me callara porque ahí había gente enferma, y que yo dije, bueno, tengo derecho, porque yo también estoy enferma.¹

De esta forma, es importante evidenciar la función cardinal que cumple el personal de salud a cargo de la atención de estos casos, así como las políticas de cuidado del hospital para estas usuarias.

El caso narrado en este libro sucede en Estados Unidos a fines de la década de los 70 e inicio de los 80, en un momento histórico en el que asumirse negra y lesbiana resultaba ominoso e incluso peligroso. Los prejuicios de una sociedad también están encarnados en las personas servidoras públicas, quienes a su vez lo adquirieron, aprendieron y reforzaron en su entorno familiar y escolar, así como en su historia laboral.

Así, para Audre Lorde, como para otras mujeres, pareciera como si la institución hospitalaria tratara de mantenerla fuera de la realidad con somníferos que prolongaban su sueño y con tranquilizantes con los que permanecía sedada, ya sea para tratar el dolor o para evitar alguna reacción emocional incontrolable. Por otro lado, de acuerdo con la escritora, el apoyo psicológico y emocional que se brindaba en este caso consistía en:

...negar las realidades de nuestros cuerpos que acaban de sernos tan gráficamente enseñadas, y estos viejos y estereotipados modelos de respuesta nos presionan para que rechacemos la aventura y la exploración de nuestras propias experiencias, por más difíciles y dolorosas que sean (...).¹

La autora se refiere a la fijación constante y permanente de estandarizar los cuerpos. ¿Qué sucede si quería quedarse sin un pecho? Tal vez implicaría conocerse, aceptarse, amarse y descubrirse desde esa nueva constitución

corporal, valorando su experiencia, sus dolores y sus sensaciones. ¿Por qué disfrazar su realidad con un implante muerto o un sostén con relleno, solo para no verse diferente a todas las demás mujeres?

Tal como lo explica Lorde, una mujer que vivió la experiencia de la mastectomía no tiene menos valor si decide quedarse sin pecho. No es como si estos tuvieran un valor fijo que se pierde al extirparse en una cirugía de esta naturaleza y que se puede recuperar con un postizo para seguir igualando el valor. Por lo tanto, es necesario transmitir esta idea y apoyar las decisiones de la usuaria sobre su cuerpo y las que considere mejor para su sanación.



El trabajo de Audre Lorde

55

La denuncia de esta feminista inició antes de su experiencia con cáncer de mama, con trabajos como “La hermana, la extranjera” y “Zami. Una nueva forma de escribir mi nombre”. La constante de sus obras es la reafirmación de sus identidades como estrategia de lucha y su denuncia a través de la creación literaria. Así, desde su contexto, sus posturas e identidades, Audre cumplió una misión.

Entonces, en la atención pública en materia de cuidado de la salud, ¿cuánto podría hacerse por las mujeres que transitan por alguna fase de esta enfermedad? Con la cercanía a las usuarias y tomando en cuenta los distintos procedimientos que experimentan, ¿cuál es la misión de las personas servidoras públicas dedicadas al ámbito sanitario?

Más allá de las condiciones existentes en materia de políticas públicas, a lo que se puede apelar a partir de la historia de Audre Lorde es a la parte humana de quienes atienden y cuidan a estas mujeres en el ámbito laboral o familiar y por supuesto, a las perspectivas de género, de derechos humanos y de no discriminación en la salud pública.

Si bien es cierto que los procedimientos a los que tienen que enfrentarse las mujeres que viven con cáncer de mama están ceñidos a un protocolo médico, también deben corresponder a un manual que los estipule, regule y evalúe, en el cual el personal médico tiene responsabilidad humana, no solo laboral o institucional, sino de sensibilidad hacia las usuarias.

Por ello, es necesario observarse hacia el interior y evaluar las acciones propias, cuestionarse si en algún momento se ha incurrido en actos discriminatorios por motivos de prejuicios

referentes a la raza, género, clase social, situación de discapacidad, edad o algún otro rasgo específico de la identidad de otras personas. Es probable que dada la normalización de la violencia estructural que se encuentra filtrada en todos los ámbitos, sea difícil detectar estas actitudes, puesto que están interiorizadas. De esta forma, es fundamental reflexionar sobre la atención que se está brindando a las personas usuarias de un servicio público de salud.

En este sentido, es imprescindible que quienes estén a cargo de la atención de las mujeres con cáncer sean personas sensibles e involucradas en temas de salud, que incluyan en su actuar cotidiano los enfoques de los derechos humanos y de género. El trabajo humano es compatible con la labor institucional, por lo que es fundamental reforzar las conductas y actitudes con capacitaciones específicas que tengan aplicación en su trabajo diario.

La normalización y la interiorización de las diferencias producidas social y culturalmente provocan que no se cuestionen los roles, los estigmas, los patrones culturales y los comportamientos aprendidos. Por lo tanto, la violencia estructural en las instituciones es una expresión de poder desigual en las relaciones sociales y personales, e implica una violación a los derechos humanos de las mujeres, en este caso particular.

Sin duda, Audre Lorde llevó a cabo su trabajo y misión como guerrera, mujer, negra, madre, lesbiana y poeta visibilizando las violencias y exigiendo-ejerciendo su derecho humano a la salud y a la atención médica que requería de acuerdo con sus identidades. El trabajo mínimo que corresponde a las personas dedicadas a los cuidados de la salud es la incorporación de las perspectivas de género y de derechos humanos en la atención que brindan.

Referencias bibliográficas

1. Lorde A. Los diarios del cáncer. Rosario, Argentina: Hipólita Ediciones; 2008.